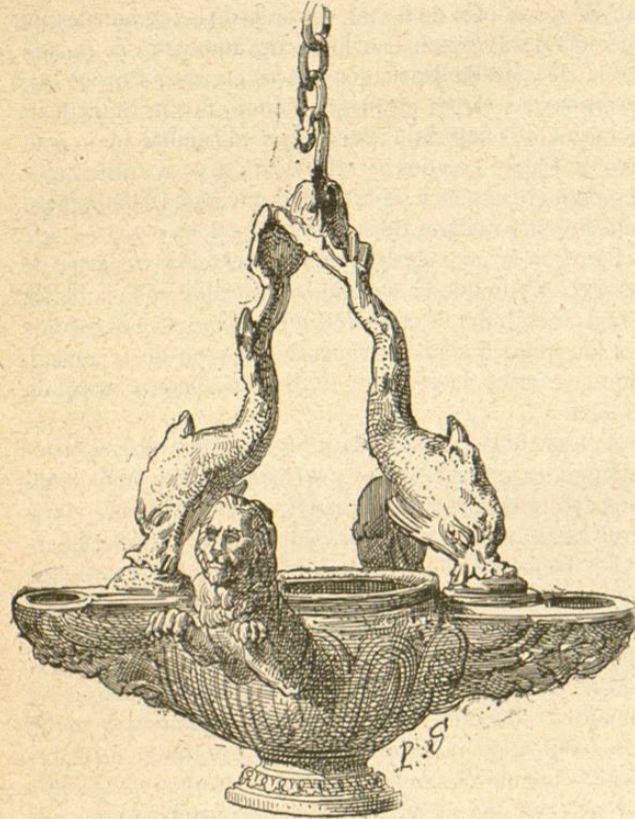


manchados de tinta. Mi vida no es más amable que mi cara. Aborrezco el circo, el teatro, de que no me cuido más que las ranas del pantano, ni admito representaciones en la corte sino el primer día del año. Y aun así, ¡qué triste figura hago en ellas!

»Noches de insomnio, pasadas sobre una estera, sin que nada satisfaga mi corazón salvaje, y comidas de legumbres que no extinguen nunca el apetito, me han dado un carácter fosco, con que no se aviene justamente una ciudad floreciente, albergue de músicos y danzantes, histriones y mujeres desvergonzadas; y mancebos más numerosos que



Lámpara de bronce encontrada en París en 1863

los ciudadanos, y donde todos, mozos y viejos, están de franchela todo el día y toda la noche de crápula.

»¿Crees que tu rusticidad, me diréis, puede acomodarse á nuestras costumbres y tu templanza embellecer tu alma? ¿Qué es la templanza? Ni conocemos el nombre ni la cosa. ¡Vivir como tú, esclavo de los dioses y de la ley, aceptar la igualdad con sus semejantes, impedir que el rico oprima al pobre, y para esto arrostrar los odios, las iras, los ultrajes sin enfadarse! ¡Qué irrisión! ¡Viva la libertad! Tú que tiembles ante nuestros epigramas, ¿cómo lo harás, valiente, para arrostrar las flechas de los persas? No quieres que te llamen señor, pero quieres que se obedezca á los magistrados y á las leyes. Mejor querríamos llamarte señor y quedar libres, no estando ya obligados, los ricos, á ser justos en el tribunal, los pobres á no calumniar á los ricos.»

Juliano les recuerda la historia de Seleuco, el fundador de aquella ciudad, cediendo su mujer, la hermosa Estratónice, á su hijo Antíoco, á quien iba á quitar la vida una pasión culpable.

«Tales son vuestros mayores, dice, y conserváis de ellos la molicie, como yo, que soy ilirio, conservo de los míos en mi niñez: Si quieres carreras de carros, danzas viriles, cantores y flautistas, Homero te los dará: toma el libro y lee. El te hará ver también paisajes más bellos que todas

las decoraciones de teatro, y la isla de Calipso, y los jardines de Alcino.

»Este preceptor era un bárbaro, un escita, que me enseñó á poner la virtud por encima del placer, como esos otros bárbaros de la selva Hercinia y del país de los celtas entre los cuales he vivido tanto tiempo y cuyas costumbres son honestas y puras.

»Ya veis que ahora soy demasiado viejo para mudar de costumbres ya inveteradas: si lo intentara, á pesar de ello, perdería mi rudeza, sin ganar vuestra urbanidad.»

Y todavía continúa buen espacio poniendo en ridículo la vida afeminada y las costumbres vergonzosas de los habitantes de Antioquía.

Poseído de la manía de disertar y de escribir, Juliano hubo de olvidarse á veces de reinar. Aplaudimos que en Lutecia, para engañar el tedio de la inacción en que Constancio lo tenía, diera parte del tiempo al estudio; pero no puede agradarnos que, ya emperador, tenga siempre los dedos manchados de tinta; que en Constantinopla escriba los tratados sobre el *Dios Sol* y contra los cínicos; en Pessinonte, un tratado sobre *Cibeles*; en Antioquía, el *Misopogón* y una obra contra los cristianos, obra de que algunos se han servido en tiempos modernos, en el siglo XVIII, para combatir la Biblia y los dogmas católicos; en fin, no sabemos dónde, los *Césares* y multitud de libros hoy perdidos, que los cristianos acaso destruyeran, como borraron pasajes en los escritos de este príncipe que nos quedan. Bien dice que sólo empleaba las noches en este trabajo; pero si estas obras, siempre honestas, á menudo confusas, salvo la última, que es la mejor, pudieron componerse de noche, se pensaron á buen seguro de día y hacen temer que, en la inacción del palacio, su espíritu ligero, mordaz y místico á la vez, se complaciera en aguzar sarcasmos más que en redactar decretos y que los negocios de Estado lo atrajeran menos que las devociones minuciosas, las fantasías alejandrinas y el porvenir buscado en las entrañas de las víctimas.

Amaba á Platón, guía encantador, á veces peligroso, y Aristóteles era para él la otra columna del templo erigido por el helenismo á la filosofía y á la religión verdadera; pero la firme voluntad del Estagirita cortaba los vuelos del imperial soñador. «Aristóteles no hizo, dice, más que ridículos esfuerzos para buscar el más allá;» y esta investigación es toda la filosofía de Juliano. Cree á pie juntillas en los oráculos y en los presagios, y después de haber hablado del milagro que señaló la entrada de Cibeles en Roma, añade:

«Los espíritus fuertes ó despreocupados dirán que estas cosas son cuentos de vieja; pero yo me fio más del testimonio popular que de esos genios sutiles que no ven nada sanamente.»

Esta credulidad, muy buena para un devoto, no lo es ya tanto ni mucho menos para un príncipe, porque no permite esa fe ciega formarse idea clara de las cosas. Las de aquel tiempo, tan singularmente turbadas, habrían tenido necesidad de la mirada penetrante de un hombre de Estado y no de las sutiles preocupaciones de un príncipe á quien llaman sus amigos el gran filósofo, *φιλοσοφάτατος*.

No habríamos mencionado su refutación de los Evangelios, de que no poseemos más que los extractos conservados por San Cirilo, si este libro no le hubiera inspirado sin duda un proyecto que hizo gran ruido en el mundo (1). Los

(1) Al decir de San Cirilo, esta obra de Juliano hubiera quebrantado la fe de muchos fieles. En sus *Estudios históricos*, dió Chateaubriand un análisis de estos fragmentos, que no he creído debía reha-

hombres de la antigua ley tenían para con los de la nueva el odio de la madrastra, que rehusa reconocer á sus hijos. Este odio de los judíos á los cristianos les valió de título meritorio con Juliano, el cual, para darles una satisfacción que fuera al mismo tiempo una prueba de la inanidad de los Evangelios, quiso restablecer el templo de Jerusalén que Jesús había condenado (1).

Los trabajos comenzaron, pero un milagro hubo de interrumpirlos: dos globos de fuego que estallaron de repente dispersaron á los operarios. Así lo dice Amiano Marcelino; pero el viejo soldado, cuyo testimonio hay que admitir cuando refiere lo que ha visto, tiene una credulidad demasiado ingenua cuando se trata de presagios. En el Asia Menor y la Siria ocurrieron por entonces, como en frecuentes ocasiones, varios terremotos, que en breve intervalo

cer, y lo reproduzco, á fin de mostrar la índole de las objeciones que el emperador y los paganos de su tiempo oponían al cristianismo:

»Juliano remonta hasta Moisés, compara su sistema de la creación del mundo con el de Platón y da la preferencia á este último.

»Después de haber creado al hombre, dice Dios: «No es bueno que el hombre esté solo,» y crea á la mujer, que pierde al hombre.

»¿Qué pensar de la serpiente que habla? ¿En qué lengua habla? Después de esto, ¿cómo burlarse de las fábulas populares de la Grecia?

»Dios prohíbe á nuestros primeros padres el conocimiento del bien y del mal; les veda tocar al árbol de la vida temiendo que se hagan inmortales. Blasfemias contra Dios ó alegorías. Entonces ¿por qué desechar los mitos filosóficos?

»Dios elige para pueblo suyo predilecto á los hebreos. ¿Cómo, pues, un Dios justo abandona á las demás naciones? Entre los griegos, el Dios creador es el rey y el padre común de los hombres.

»Queréis que creamos en la torre de Babel; y no queréis creer vosotros en los gigantes de Homero, que pusieron tres montañas unas sobre otras para escalar el cielo.

»El Decálogo no contiene más que preceptos vulgares; el Dios de los hebreos es un Dios celoso que no sufre ningún otro. ¡Oh galileos! daís un supuesto hijo á ese Dios que no lo conoció jamás.

»¿Qué Dios es ese siempre enojado y colérico, que queriendo castigar á algunos hombres culpables hace perecer cien mil inocentes? Comparad al legislador de los hebreos con los legisladores de Grecia y de Roma, con los grandes hombres de Egipto y Babilonia.

»¿Quién es ese Jesús, sobornador de los más ínfimos entre los judíos, que no es conocido hasta pasados tres siglos, que no hizo nada en el curso de su vida, á no ser curar algunos cojos y endemoniados? Según eso, Esculapio es también otro salvador de la humanidad.

»La inspiración divina enviada por los dioses no tiene más que un tiempo; oráculos famosos cesan en la revolución de las edades.

»Los galileos no han tomado de los hebreos más que su furor y odio contra la especie humana; han renegado del culto de un solo Dios para adorar á hombres miserables; como las sanguiuélicas han chupado la sangre más corrompida de los judíos y les han dejado la más pura.

»Ni Jesús ni Pablo pudieron prever las quimeras que se formarían un día los galileos; no pudieron adivinar el grado de poder á que llegarían un tiempo. Engañar á algunos sirvientes y esclavos ignorantes: he aquí todas las pretensiones de Jesús y Pablo.

»¿Pueden citarse en los reinados de Tiberio y de Claudio cristianos distinguidos por su nacimiento ó por su mérito?

»El agua del bautismo no quita la lepra ni los herpes, no cura la gota ni la disenteria; pero borra el adulterio y la rapiña, y limpia el alma de todos los vicios.

»Si el Verbo es Dios, proviniente de Dios, ¿cómo es que María, mujer mortal, concibió y parió un Dios?

»Ni Pablo, ni Mateo, ni Lucas, ni Marcos se atrevieron á decir que Jesús fuera un Dios; pero cuando en Grecia y en Italia gran número de personas lo hubieron reconocido por tal, cuando comenzaron á honrar los sepulcros de Pedro y de Pablo, entonces declaró Juan que el Verbo se había hecho carne y habitado entre nosotros. Sin embargo, cuando nombra á Dios y al Verbo, no nombra á Jesús ni á Cristo. A Juan debe considerarse como la fuente de todo el mal.»

(1) Las colecciones de las *Obras* de Juliano contienen una carta suya á los judíos, n.º 27, que ha inspirado legítimas dudas á varios comentaristas. La idea de hacer de Jerusalén su capital y adorar allí á Moisés, á quien en otros lugares trata tan mal y que es la absoluta negación de su politeísmo, no pudo ocurrir nunca á Juliano.

destruyeron dos veces la ciudad de Nicomedia. Muchas otras ciudades en Palestina, en Libia, en Sicilia y en Grecia fueron también maltratadas por el mismo azote (2). Alejandría estuvo á punto de desaparecer por una marejada alta, y durante muchos años hubo de conservar tan pavoroso recuerdo en la fiesta llamada *de los terremotos*. ¿Es cierto que vaciló en sus fundamentos el mismo monte Moria al impulso de olas subterráneas? Es posible. ¿No pudiera ser que gases formados por la descomposición de materias orgánicas en lugares cerrados por espacio de siglos, se inflamaran al contacto del oxígeno del aire, cuando la piqueta del operario abrió los subterráneos? Es probable. Interesados los cristianos en que se realizara la profecía de los Evangelios contra el templo, añadieron al fenómeno natural circunstancias maravillosas, cuya narración, rápidamente propagada, llegó á oídos de Marcelino. Sobre esto, habiendo impedido la continuación de los trabajos, primero, la guerra de los persas, y luego la muerte de Juliano, pareció verificada la maldición pronunciada por Jesús contra el santuario de Jehová.

VII - LA GUERRA DE PERSIA. - MUERTE DE JULIANO

Entretanto, no olvidaba Juliano que el vencedor de los alamanos y de los francos tenía que vengar en los persas los grandes agravios del imperio y prevenir las reincidencias derribando al belicoso príncipe que de veinte años atrás venía haciendo tan dura la vida en la frontera romana. El Occidente estaba tranquilo: Salustio velaba por el reposo de la Galia, y en el Rin y en el Danubio permanecían quietos los bárbaros, que sólo tenían audacia para removerse cuando imperaban príncipes afeminados.

La fama había llevado muy lejos el nombre del joven victorioso, que había venido á ser el jefe del mundo romano. Todos los pueblos fronterizos le habían enviado embajadas y presentes; se los habían enviado hasta de la India; y las tribus de la Mauritania independiente habían solicitado ser recibidos en su imperio.

A su llegada á Constantinopla le hubieron de proponer los cortesanos una expedición contra los godos: «Iré, les contestó, iré primero á buscar enemigos más temibles. Dejé que los traficantes galatas vendan y compren gente de esa en todas partes.» En el Danubio, volvió Juliano á la política defensiva de Diocleciano; reparó, en la Tracia y á lo largo del río, todas las fortalezas, las proveyó copiosamente de armas, vestuario y víveres, y aseguró la paga regular de los soldados. «Mientras este gran príncipe imperó, añade Amiano Marcelino, ningún bárbaro pasó la frontera.»

Durante el invierno de 362 se terminaron los preparativos para la guerra pérsica: sesenta mil hombres se encontraban reunidos bajo sus banderas, y más de mil barcos de transporte, muchos de ellos de cuero, cincuenta galeras de combate y otros tantos pontones para el paso de los ríos, construídos todos para la expedición, esperaban en el Eufrates.

El 4 de marzo salió Juliano de Antioquía, sin dejar en ella sus rencores, pues le dió por gobernador «á un hombre que no merecía el puesto, pero que los habitantes de Antioquía merecían por amo.» Púsose en camino con los compañeros habituales de sus viajes, algunos libros de

(2) Cf. Libanio, *Disc.* XII, que habla de muchos terremotos en Palestina, reinando Juliano, y A. Marcelino, XXII, 13, y XXIII, 1. Constantinopla tuvo también temblores de tierra y Nicea quedó casi destruída el 4 de las nonas de diciembre. Es de notar que San Jerónimo no hable de semejante milagro.

Platón que nutrían su espíritu de altos pensamientos y de fresca poesía. «He aquí ya la primavera, escribía á un amigo: las hojas brotan en los árboles; las golondrinas llegan y van á hacer salir al soldado de su albergue y á enviarlo más allá de las fronteras.» A otro decía: «He tomado un camino sombreado, por donde corren risueños arroyos. A la hora del reposo he hecho alto y respiro bajo el follaje de los plátanos y cipreses, leyendo el *Fedro de Mirrina* ú otro diálogo del divino Platón.»

Había dado cita á sus tenientes en la ciudad de Carres, que situada allende el Eufrates, en el camino de Nísibe, podía dejar al enemigo en la incertidumbre sobre la dirección que los romanos seguirían. Hizo de sus fuerzas dos ejércitos: diez y ocho mil hombres (1) al mando de su deudo Procopio tomaron directamente al Este para penetrar en la Mesopotamia, maniobrar á la orilla izquierda del Tigris y desde allí torcer al Sur en dirección de Tesifonte: el rey de Armenia, Arsaces, recibió la orden de llevar á Procopio sus contingentes. Pero Juliano rechazó la pretensión de los sarracenos, que ofrecían su asistencia á condición de que se les continuaran pagando los antiguos subsidios. «No tengo oro, les contestó; sólo tengo hierro.» Y los despidió. Con la flota y el principal cuerpo de ejército descendió el Eufrates (2), río que debía conducirle á una región que no era el centro del Estado enemigo, pero que por sus cultivos era el centro más fértil y productivo, por sus ciudades la región más rica y por sus recuerdos el santuario del país.

Juliano desplegó en esta expedición todos sus talentos militares: la vigilancia de un viejo capitán, el valor de un soldado, hasta matar enemigos con su propia mano, audacia sin embargo moderada por la prudencia, salvo el último día, y una sobriedad que no permitió á nadie murmurar cuando cesó la abundancia.

En todos los encuentros llevaron la mejor parte los romanos; y las plazas fuertes, batidas por poderosas máquinas, fueron tomadas al asalto ó abiertas por minas que conducían á sus muros. Grandes trabajos condujeron el agua al *Nahar Malcha ó Malca*, canal abierto del Tigris al Eufrates, que el enemigo había dejado en seco; y la flota que proveía el ejército, y llevaba sus ingenios de guerra, sus heridos y enfermos, le permitió atravesar un país cortado por numerosos canales.

El Tigris, por la parte de Tesifonte, es un río amplio y rápido, y su orilla oriental estaba defendida por las tropas del Surena. A pesar de todos sus oficiales, Juliano ordenó pasarlo. Y se pasó con la mayor audacia; y puesto en fuga el ejército pérsico hubo de refugiarse tras las altas murallas

(1) Amiano Marcelino (XXIII, 3) dice treinta mil hombres; Libanio (*Carta 108*) veinte mil; Zósimo (III, 12) diez y ocho mil; Magno (*Fragm. de los hist. griegos*, t. IV, 4) diez y seis mil, número más probable, porque este cuerpo de ejército no hizo nada. Zósimo (IV, 4) dice expresamente que Procopio debía salir á recibir á Juliano.

(2) Amiano Marcelino señala su camino por la fortaleza de Davana á orillas del Belias, Calínice en el Eufrates y Circesium á la embocadura del Chaboras en el Eufrates. Mas allá de esta ciudad comenzaba la frontera pérsica, defendida por tres plazas fuertes, Zaita, Dara y Anatón, en una isla del río, Tiluta, Arcaicala, Paraxalmaca, Dacira, Ozogardana, que conservaba aun el tribunal en que Trajano había juzgado, Maceprachta, Pirisabora y Maogamalca, á cuyas inmediaciones se encontraban vastos subterráneos, donde se ocultaron los enemigos para sorprender á los romanos á su paso, pero que fueron sofocados con el humo de grandes montones de paja y de sarmientos encendidos. Aquí distaba el ejército 90 estadios de Tesifonte (Zósimo, III, 21). Saco de Marcelino esta nomenclatura de que Sievers (*Studien zur Geschichte der rom. Kaiser*, p. 239-262) ha hecho un estudio particular.

de Tesifonte. La plaza era muy fuerte y se esperaba la llegada de Sapor, cuyo ataque no debía recibir el ejército imperial encerrado en sus líneas. Tal fué el parecer del consejo de guerra y la razón, dice Amiano, dictaba este parecer.»

Los cercos antiguos eran largos; aquel, dado que hubiera sido feliz, no habría terminado la guerra y luego habría hecho perder al ejército un tiempo precioso. ¿Qué habrían ganado Trajano y Severo con entrar en Tesifonte? Y el mismo Alejandro ¿se hizo dueño del Asia con cercos ó con batallas? La más rica de las provincias pérsicas había sido devastada; la humillación era grande para Sapor, pero conservaba intactas sus fuerzas, y por consiguiente su orgullo. Sólo una batalla podía abatirlo y permitir al emperador terminar su expedición no con una conquista, en que jamás había pensado, sino con el restablecimiento en el trono de los grandes reyes, del príncipe persa Hormisdas, de quien se había hecho acompañar con tal intento.

Juliano se resolvió, pues, á ir á buscar esta victoria, aunque fuera al corazón del imperio enemigo. Era el plan que se había trazado desde el principio de la campaña, puesto que había quemado todas las plazas que tomara á lo largo del Eufrates. Si se hubiera propuesto volver por el camino que había seguido para descender á la Asiria, habría conservado estas fortalezas dejando en ellas guarniciones que hubieran protegido su vuelta.

Habiendo venido á su campamento enviados del rey á proponerle la paz, se confirmó en la idea de que su adversario no se creía capaz de resistirle en campo raso, y se negó á entrar en negociaciones, que en aquellas circunstancias no hubieran podido asegurarle importantes resultados.

En su virtud resolvió remontar hacia el Norte con la esperanza de encontrar en este camino una segunda victoria de Arbela. Esta marcha lo conducía también al encuentro de Procopio, que tenía orden de entrar en el valle del Tigris para darse desde allí la mano con su príncipe.

La Grecia y su historia presentes siempre en su memoria le representaban á Jenofonte, haciendo con diez mil griegos, y después de una derrota, lo que emprendía él con un poderoso ejército y después de una victoria (3). Su marcha al Norte no era, pues, una retirada; la ofensiva continuaba, pero los medios iban á cambiar. La flota venía á ser inútil para una campaña tierra adentro; ni sus galeras, ni sus pesados barcos de carga habrían podido remontar el Tigris, cuya corriente, aun aumentada por el derretimiento de las nieves, deja por todas partes fondos someros que hacen imposible la navegación de abajo arriba.

Juliano quemó sus barcos, aumentando su ejército con los veinte mil hombres que los montaban entre remeros y soldados: sólo conservó para el paso de los ríos veintidós barcos ligeros, que siguieron al ejército en carros.

Amiano Marcelino vituperó esta resolución; Eutropio, que hizo esta campaña, no la siente al parecer; Zósimo la aprueba, y las circunstancias de tiempo y de lugar la justifican (4).

Desde que se movió el ejército en dirección del Norte, comenzaron á aparecer grupos de jinetes persas en las alas

(3) Ciro el Joven había descendido, como Juliano, el valle del Eufrates, hasta dos ó tres jornadas de Babilonia. Para no tomar de nuevo un camino en que todos los recursos estaban agotados, hicieron su famosa retirada los Diez mil por el valle del Tigris.

(4) Zósimo III, 26. Sin embargo dice en el § 29 que más tarde se arrepintió el ejército de haber destruído sus barcos. Pero los soldados olvidaban entonces, como todos los historiadores, que la flota no podía remontar el río.

y á retaguardia, pero no se atrevían á un empeño en regla. Como se estaba en el solsticio del estío, el sol tostaba los campos, y los persas prendían fuego por varios puntos á los hierbazales secos; de manera que había que guardarse de dos enemigos: del incendio, que devoraba los forrajes necesarios para los caballos, y los guerrilleros del Sasánida.

Ninguno de sus ataques tuvo éxito (1); pero uno fué al fin fatal. Acababa Juliano de rechazar victoriosamente, cerca de Tummara, un cuerpo de catafractarios, cuando se produjo desorden en otro punto, y allá fué sin tomarse tiempo para ponerse la coraza. En la refriega un dardo lanzado al azar lo hirió mortalmente. Queriendo arrancárselo del costado, se desgarró la mano el príncipe con el doble filo del dardo y perdió el conocimiento. Llevado á su tienda sobre un escudo, volvió en su acuerdo y pidió su caballo para volver al combate; pero la sangre corría copiosamente de su herida. Comprendiendo que se acercaba su última hora, llamó á sus amigos, repartió entre ellos por testamento militar sus bienes privados y les dirigió palabras de resignación filosófica.

Sin embargo, cuando preguntó por Anatolo, el jefe de su servidumbre, y contestó Salustio (2) que había sido *dichoso*, queriendo decir que había caído como soldado en el campo del honor, se afligió por la muerte de su amigo quien veía venir la suya con tanta indiferencia.

Todos los circunstantes lloraban viendo al príncipe arrebatado en lo mejor de su vida á su afección ó á sus esperanzas. Juliano reprimió sus lágrimas, que hubieran parecido un reproche á los dioses y llamando á sus dos filósofos, Máximo y Prisco, departió con ellos sobre los inmortales destinos del alma. Sus consejos le eran inútiles, como quiera que creía á pie juntillas que iba á subir al cielo á gozar eterna mansión entre los astros (3).

Durante este coloquio último y supremo, se hizo difícil su respiración; pidió agua, bebió y expiró sin agonía. Era la muerte de un sabio.

No había cumplido aún los treinta y dos años de edad ni los veinte meses de reinado (26 junio 363), y sin que ningún revés hubiera humillado su fortuna, caía víctima de su imprudente valor. A vivir, hubiera vuelto sin duda victorioso, y ciertamente no hubiera firmado nunca el tratado de Joviano.

CAPÍTULO CVIII

JOVIANO, VALENTINIANO Y VALENTE (26 JUNIO 363—9 AGOSTO 378)

I. — JOVIANO (26 junio 363. — 16 febrero 364).

La noticia de la muerte de Juliano llenó de júbilo á los cristianos. El pagano Libanio los acusa de haber pagado al asesino, cosa absurda; y un historiador de la Iglesia dista poco de reclamar para uno de ellos esta gloria: esto es ya odioso. San Gregorio, más bíblico, lo hace caer bajo la

(1) El más importante ocurrió el 22 de junio en un lugar llamado Maronga. Los persas no se sostuvieron más que un momento, á pesar de sus arqueros, elefantes y jinetes cubiertos de hierro.

(2) Este Salustio prefecto del pretorio es un personaje distinto del antiguo amigo de Juliano, pues el príncipe recibió en el Eufrates despachos de Salustio, prefecto de las Galias (A. Marcelino, XXIII, 5).

(3) ... *Caelo sideribusque conciliatum*. Son las mismas palabras de Juliano algunos momentos antes de expirar (A. Marcelino, XXV, 3).

Los cristianos lo llaman *apóstata*, injuria inmerecida, porque se había abusado de su infancia y de sus desgracias para hacerle entrar por fuerza en la Iglesia, y lo ponen en el número de los perseguidores con la misma injusticia, puesto que recomendó y practicó siempre la tolerancia con las personas (4).

La guerra indirecta, hecha por Juliano al cristianismo, no deja de tener semejanza, en sentido inverso, con la de Constantino al paganismo. Si perecieron cristianos, fueron víctimas de sediciones populares, ó condenados por actos calificados por la ley de crímenes comunes, como la destrucción de los templos, la fractura de estatuas consagradas, la negativa de obediencia ó la sedición militar. Estos actos eran consecuencia inevitable del advenimiento de un emperador pagano.

Pero debe responder de la persecución moral que ejerció y de su culpable tolerancia respecto de los tumultos paganos. Es bastante para que seamos severos con el político que fué un sectario aplicando una viva inteligencia á una empresa imposible y por consiguiente peligrosa, y que lo hubiera sido, sobre todo, á sí mismo, si la hubiera proseguido durante más años. Como marchaba al revés del mundo, cayó; era inevitable. Pero la historia será clemente con el hombre, en razón de sus virtudes, con el general, por sus cualidades militares, con el literato extraviado en el trono, que había soñado un ideal de perfección. Los soñadores de esta especie son raros entre los príncipes: por lo mismo debemos honrar á éste (5).

Esta muerte en lo mejor de la edad impresionó vivamente la imaginación de los contemporáneos. Los paganos contaban que la noche precedente, en ocasión de hallarse velando en su tienda, hubo de ver pasar silenciosamente, triste y velado con un velo fúnebre, el Genio del imperio, que en Lutecia le había prometido el reinado y ya lo abandonaba. Era un recuerdo clásico de la aparición que anunció al último Bruto su próxima muerte.

Por su parte los cristianos inventaron otra leyenda. Herido del golpe mortal, Juliano hubo de lanzar al cielo cólera mirada exclamando: «¡Venciste, Galileo!» Las palabras no se pronunciaron, pero el ideal era exacto: el paganismo acababa de dar su última batalla; la había perdido y moría de su derrota.

mano de los ángeles. Las invectivas contra el *Apóstata* empiezan y acaban con una especie de himno en que respira una alegría feroz.

«Pueblos, escuchad lo que voy á decir; escuchad mis palabras, vosotros los que existís hoy, y vosotros los que existiréis mañana, y pluguiera á Dios que llegara mi voz hasta el coro de los ángeles, que han exterminado al tirano... Ese á quien sus manos acaban de inmolarse, era la serpiente tortuosa, el Apóstata, el azote de Israel y del mundo. ¡Despierta, polvo del gran Constantino! y si queda al-

(4) Eutropio: *religionis Christianae insectator, perinde tamen ut cruore abstineret*; y San Jerónimo, en su *Crónica*: *blanda persecutio fuit, illiciens, magis quam impellens, ad sacrificandum*.

(5) Véase el retrato que hace de Juliano A. Marcelino (XXV, 4): *Vir profecto heroicis connumerandus ingenii*; San Agustín (*de Civ. Dei*, V, 21) dice de este príncipe: *egregia indoles*.